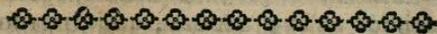


la sentencia de Jesu Cristo. Nosotros, Señores, servimos al mismo Dios de Pedro, y estamos ligados con los mismos vínculos: debemos, pues, imitarle en promover por todos medios la fé de nuestro Salvador, haciendo frente á todos sus enemigos, y estando preparados como él á ofrecer el sacrificio de nuestra sangre por defender su honor.

Suscitad, ¡Dios mio! el zelo de vuestro siervo Pedro en nuestros dias, para que veamos disipada de toda Europa esta nube opaca de Libertinos, Deistas y Ateistas practicos, estos Apóstoles de la sensualidad, y precursores del Ante-Cristo, que insultan vuestro Santuario, y ultrajan vuestro adorable Nombre. Confundidlos, Señor, conmoved el desierto de sus corazones, atraedlos, convertidlos, para que os conozcan, os amen y confiesen con nosotros, que solo á Vos se debe el honor, la fortaleza, la gloria y la alabanza. Amen. DIXE.

SER-



SERMON

De S. Roque,

Mártir de la Caridad, y Abogado de la Peste.

Fratres imitatores mei estote, sicut et ego Christi. 1. Cor. iv.

Si pretendiera hoy formar el elogio de San Roque, por la nobleza de sus ascendientes, ¿qué materia tan abundante no me proveería la excelentísima casa de los Condes de Montpeller, estos célebres Héroes de la historia, que tanto se han distinguido en las armas y en las letras?

Mas

Mas como la carne y sangre, el esplendor ni la grandeza, adquirieron jamas derecho alguno sobre el Reyno de Dios, no fué el terreno Principado, los dotes de naturaleza, ni otros vanos títulos que tanto el mundo aprecia, y con tanto afan solicita, los que elevaron su mérito en la presencia del Señor, ni los que hicieron tan preciosa su memoria en los anales de la Iglesia. La excelencia de San Roque viene de mas alto origen. Consiste en la imitacion de Jesu Cristo, única fuente y principio de la verdadera grandeza. Este adorable exemplar, á quien debemos conformarnos todos, segun la expresion de San Pablo, era el modelo perfectísimo de la imitacion de San Roque. Fixó, pues, en la imagen de Jesu Cristo, este libro abierto de la vida y perfeccion cristiana, admiró en él desde luego su anonadamiento, su caridad, su paciencia; tres dignos objetos de su imitacion, que fielmen-

mente desempeñados, le elevaron al mas alto grado de mérito, á digno protector de los Pueblos inficionados de la peste, y á fiel modelo de la vida Cristiana. Yo no haré mas que recorrer brevemente su preciosa vida, para que le admireis, I. Anonadado, II. Caritativo, III. Paciente á imitacion de Jesu Cristo: tres caracteres que forman su mas digno elogio, y van á ser blanco de vuestras atenciones, y de mis endeblen conatos. Pidamos las luces del Espiritu Santo, por la poderosa intercesion de María Santísima. Saludémosla á este fin rendidamente con el Angel. *AVE MARIA.*

Fratres imitatores mei &c.

Jesu Cristo, árbitro soberano de la naturaleza, Criador de todas las cosas visibles é invisibles, el Unigénito

to de Dios, á quien vieron los Profetas sostener con tres dedos toda la masa de la tierra, pesar los Cielos, y poner en equilibrio las montañas; Jesu Cristo, repito, cuyo Cetro es la fortaleza misma, luz de la luz, y único Dios con el Padre, y el Espíritu Santo, en unidad de Esencia y Trinidad de Personas, queriéndonos manifestar con su exemplo las verdaderas sendas de la justificacion, *se anonadó á sí mismo*, dice San Pablo, *tomando forma de siervo*, el que era por naturaleza en todo igual, y consubstancial al Padre Eterno. Habiéndose dignado por su inmenso amor á los hombres tomar nuestra naturaleza, para reparar nuestra ruina, se entregó voluntariamente desde su mas tierna infancia á la persecucion, á los trabajos, al desprecio, á los oprobrios, y á la muerte ignominiosa en el mayor abandono; siendo conveniente, segun su mismo Oráculo, padecer y sufrir con tolerancia todas

es-

estas cosas, para entrar en su gloria.

He aquí, Señores, el adorable exemplar que se propuso imitar nuestro Héroe por todo el discurso de su vida, para recibir en su muerte el premio y galardón de verdadero discípulo de Jesu Cristo, en que consiste la ingenua exáltacion y gloria de un Cristiano. Hijo único y heredero de los Condes de Mont-Pellier, se anonadó Roque á sí mismo, y mirando con desprecio su nobleza, sus gruesas rentas, con todos los demas títulos vinculados de tiempo inmemorial en su nobilísima Casa y familia, despues de haber repartido todos sus bienes á los pobres, y cedido á un tío suyo el Condado para vivir desconocido y despreciado del mundo, se viste de un miserable saco, y sale qual otro Abrahám de su tierra y de entre sus parientes y amigos, á buscar la verdadera tierra de promision, que el zelo de Dios le inspiraba.

Formemos el paralelo de Roque

con este Padre de los creyentes, que si no es del todò justo, no dexa de ser muy semejante. Abrahám sale de su tierra por un órden expreso del Señor: Roque sale de su tierra y familia por solo un impulso de Dios. Abrahám poderoso entre los suyos: Roque lo era mucho mas. Abrahám lleva consigo á sus mugeres y muchos bienes de fortuna: Roque sale sin compañía y sin llevar nada consigo. Abrahám se dirige ácia una tierra fecundísima, que mana leche y miel: Roque marcha ácia países desconocidos, que solamente la producen sudores y trabajos.

¿Quién no admira una resolucion tan generosa? ¿Ó gracia del Omnipotente, tú fuiste el artífice de esta mutacion. ¿Tú que con suavidad y fortaleza sacaste ileso en otro tiempo á Abrahám de Ur de los Caldéos, y á Lot de entre los Sodomitas; tú inspiraste á Roque esta absoluta renuncia del mundo, de sus honores,

ri-

riquezas y placeres. Tú le imprimiste altamente en su alma aquel Oráculo de Jesu Cristo, que pobló en otro tiempo los desiertos, y que ha dado á la Iglesia tanto Héroes: *Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, dalo á los pobres, ven y sígueme.* Mas atento que el jóven del Evangelio, oye como otro Samuél la voz del Señor, y obedece como Paulo, y nuestro Padre Seráfico. Abriga en su corazon esta resolucion generosa, concedida por Dios á las almas privilegiadas; y mas desprendido que Ananías y Safira, renuncia de todo para no mentir al Espíritu Santo.

Mas no penseis se contenta con abandonarlo todo por soberbia y ostentacion como Crates, Diógenes y otros muchos Filósofos, que menospreciaron las riquezas. Espíritu mas alto le animaba. Tal era el de imitar y seguir á Jesu Cristo por el camino de las virtudes, en lo qual consiste la perfeccion de la renuncia, y

la victoria del mundo. Si hubiese de referir todas las que Roque practicó durante su preciosa vida, me dilataría mucho, y os causaría fastidio. No hablaré, pues, de su humildad, tan singular en San Roque, que le hacía mirarse á sí mismo con el mas alto desprecio, y solicitar ocasiones de ser tratado de todos como la mas vil criatura. No hablaré de su pureza, esta virtud angélica, y casi desconocida de los mortales, tan sobresaliente en nuestro Héroe, que le servía como de cierta especie de contagio santo, que hacia impresion en los demas. No hablaré de su altísima contemplacion, en que gastaba gran parte de la noche, hurtando así á sus miembros el preciso descanso, para gozar en éxtasis los fervorosos impulsos de su amor á Jesu Cristo, desconocido de los Judios y Gentiles, y despreciado de los Hereges y malos Cristianos. No hablaré de su obediencia á las leyes Divinas y humanas,

nas, quando estas no se oponen á las primeras, tan exácta y escrupulosamente observadas por S. Roque, que siempre dió á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, mirándole como Ministro del Señor, y como Padre comun, á quien se debe la sumision, la reverencia, el amor, y la asistencia por un precepto del Decálogo. No hablaré de la austeridad de sus penitencias, con que afligia y castigaba sus inocentes miembros, reduciéndolos á servidumbre como otro Pablo; de suerte, que mas que hombre, parecia un esqueleto animado, para que su inocencia así mortificada calmase la cólera de Dios irritado contra los pecadores. No hablaré, en fin, de otras muchas virtudes que obtuvo Roque en grado heróico, y que podrian dignamente servir de otros tantos elogios. Limitome por esta vez á su caridad con el próximo, principalmente con los enfermos de contagio: se-

gunda reflexión de este discurso, que paso á ilustrar brevemente.

Quando veis á Roque renunciar de todos sus bienes, y salir de entre su familia y amigos peregrinando á otras regiones, no le mireis, Señores, como á uno de estos vagamundos, que abandonada su casa y sus parientes, discurren por todas partes sin oficio, sin direccion, sin domicilio, y tal vez sin Religion, pasando en ociosidad la vida, á expensas de la misericordia, y en perjuicio de los verdaderos pobres. Fué muy distinta en efecto la peregrinacion de San Roque. Verdadero imitador de Jesu Cristo, ponía todo su conato en conformarse á su vida y acciones quanto le fuese posible. Considera que todos los pasos de este adorable Salvador desde el pesebre hasta la cruz, van dirigidos á beneficio de sus hermanos, y á la reparacion de su salud. Ve sus frecuentes marchas y contramarchas por todas

das las ciudades, villas y lugares de la Palestina, la Samaria, la Galiléa y la Judéa para hacer bien y curar á todos los enfermos. Los coxos, los tullidos, los febricitantes, los ciegos, los endemoniados, los leprosos, los muertos, todos eran objeto de su misericordia, á todos se extendia su beneficencia, porque de él salia una virtud con que sanaban todos, segun la expresion del Evangelio. Nada veía ocultarse al calor de su caridad.

Fixo, pues, Roque en la imágen de su Salvador, le mira como único modelo de su peregrinacion. La caridad con los enfermos le estimula, lo enardece, y le hace exclamar con el Apóstol: ¿Cómo hay quien adolezca, y yo no estoy enfermo? ¿Por ventura en el hambriento no damos de comer á Jesu Cristo? ¿No le damos de beber en el sediento? ¿No le vestimos en el desnudo? ¿No le hospedamos en el huésped? ¿Porqué no le visitaremos en el enfermo, habiéndolo

donos revelado que todo lo que hi-ciéremos por alguno de sus peque-ñuelos afligidos, lo hacemos por él mismo?

Animado de estas ideas de eter-na verdad, sale Roque de su tierra como un rio caudaloso y represado á inundar toda la Italia. Las montañas mas ásperas y escarpadas se allanan y suavizan á presencia de su amor al próximo. Vence la fragosidad de los Alpes, y habiendo sabido que la peste hacia grandes estragos por aquellas amenas y dilatadas regiones, prin-cipalmente por todo el Estado Pon-tificio, camina con pasos de gigante á socorrer á sus hermanos. Llega á las Aguas Taurinas, recorre los hos-pitales, visita los enfermos, los asis-te, cura sus llagas qual piadoso Sa-maritano, pide limosna para proveer-les lo necesario: sale por las calles y plazas, y aun á los caminos en so-licitud de enfermos: los carga sobre sus delicados hombros para conducir-
los

los á los hospitales; los consuela; á unos cura, ó por medio de medicina, ó á fuerza de milagros; á otros so-llicita remedios espirituales para la sanidad de su alma. Hecho todo pa-rra todos como otro Pablo, viene á ser reparador universal del pueblo un so-lo hombre desconocido, pero anima-do de la caridad de Jesu Cristo.

Persigue, para decirlo así, por todas partes al contagio; á donde quiera que hace estragos, allá se di-rige. De Aguas Taurinas marcha á Cesena, de Cesena á Rimini, de Ri-mini á Placencia, de Placencia á Ro-ma; y en todas partes á donde lle-ga hace cesar la peste, formando la señal de la Cruz sobre los enfermos; de suerte, que puede con verdad de-cirse, que resucitó tantos muertos, quantos eran los moribundos. Este nuevo y piadoso Moysés hablaba fre-qüentemente á Dios con confianza; extendia sus brazos en la oracion fer-vorosa que hacia sobre su pueblo, y
de

de ordinario era tan eficaz este signo como la serpiente de metal que mandó Dios en otro tiempo exaltar en el desierto.

¡Qué espectáculo, Señores, ver á este hombre de Dios, inflamado de la caridad con sus hermanos, circuir á imitacion de Jesu Cristo todas las ciudades, curando todas las enfermedades y dolencias, sirviendo de pie al coxo, de ojo al ciego, de mano al manco, de lengua al mudo, y de vida al moribundo! ¿Qué consuelo para Roma, esta capital del mundo Cristiano, ver entrar por sus puertas, no ya á sus antiguos Emperadores y Cónsules en representacion de un vano triunfo, precedidos de troféos é imágenes de sus mayores, que servian de fomento á su orgullo y su soberbia; sino á un pobre voluntario, pero rico en virtudes, que movido de caridad ácia sus hermanos, viene qual otro Angel benéfico, á mover la Piscina, y desterrar el contagio?

gio? Figuraos, Señores, la afliccion de esta ciudad en los calamitosos tiempos de que hablo, para que podais formar idea de la ardiente caridad de Roque á favor de los contagiados, y la abundante materia que se ofrecia á su zelo. Yacia Roma en las circunstancias deplorables, en que haciéndose sensible la ira de Dios sobre ella por los pecados de sus habitantes, el padre abandonaba al hijo, el hijo al padre, el marido á la muger, la muger á su marido, los hermanos unos á otros, cuidando cada uno de salvarse á sí mismo por la fuga. Los que no podian retirarse por razon de su empleo ó de su officio, buscaban los mas ocultos escondrijos, para impedir se les comunicase el aire inficionado. Los pobres á quienes faltaban semejantes recursos, venian á ser tristes víctimas de la hambre ó de la peste; y Roma no era otra cosa que cementerio de los muertos, y hospital de los vivos.

Lo

Lo mas lamentable era, que aun escaseaban los remedios espirituales para la salud del alma. El temor de la muerte habia ahuyentado á muchos de los Pastores, y apenas quedaba quien administrase el Pan de vida á los enfermos. Todo era horror, todo desolacion, todo lamento.

En tan deplorables circunstancias entra en Roma San Roque, este nuevo Jeremías amante de sus hermanos. Lloro con amargura de corazon las calamidades que la oprimen, como lamentaba Jesu Cristo las de Jerusalén. Entra en los hospitales, visita los enfermos, recoge á ellos los que estaban ya abandonados por las calles y puertas de la ciudad, esperando el momento de ser lúgubres troféos del contagio; acude presuroso á todas partes, dedicándose á su curacion sin reserva, y sin mas descanso que el de algunos momentos. ¿Quién es capaz de numerar los que sanó con solo su contacto? ¿Los car-

bo.

bones, que así se llamaba la enfermedad, que abrió y supuró con la señal de la Cruz? ¿Quántas veces á sus ruegos no multiplicó Jesu Cristo los Panes, como en otro tiempo en el Desierto, para sustento de los convalecientes? ¿Á quantos no hizo sanar del contagio de la culpa por medio de sus exhortaciones? Este varon de Dios poco antes desconocido, viene bien presto á ser un Médico celestial, y un célebre Apóstol de Roma y de toda Italia, que á un tiempo mismo hace cesar en ella el contagio de alma y cuerpo. De suerte, que por mas que él quiera ocultar su santidad, todo el mundo le busca, le sigue, solicita sus consejos, admira sus prodigios, y le proclama Santo. Roque se confunde, refiere á Dios toda la gloria de su ministerio, se pregoná á sí mismo por el mayor pecador, y la mas despreciable criatura, y queriendo huir de los aplausos, determina retirarse á don-

de

de nadie le conozca.

Mas siendo tan agradable á Dios por su ministerio caritativo y Apostólico, era necesario que como á otro Tobías, lo probase con la tentacion. Roque habia sido hasta allí una viva imagen de Jesu Cristo en su anondamiento, y caridad con sus hermanos; para que la copia fuese perfecta, era indispensable le imitase tambien en su paciencia en los trabajos. Esto es lo que voy á demostraros en la tercera reflexion. Seguidme sin desmayar.

Jesu Cristo, cabeza de los predestinados, en calidad de Maestro del género humano, se dignó ser el primero en acreditar con su exemplo las máximas fundamentales de su Doctrina. La virtud, segun sus adorables miras, debia perfeccionarse en la enfermedad. La tentacion debia servir de prueba al justo, para que saliese purificado como el oro en el crisol. La paciencia en la adversidad debia

ser

ser mirada por todos sus discípulos como un medio indispensable para la posesion del alma, y consecución de sus promesas. Hechos á Imagen de Dios, era necesario nos conformásemos á la de su Unigénito, para ser salvos; porque así como no hay otro nombre en que podamos serlo, que el de Jesu Cristo, tampoco hay otro medio que el de la conformidad con este Divino exemplar.

En consecuencia, para que no pudiésemos alegar excusa en su Tribunal, nos mostró su admirable paciencia en todo el discurso de su vida. La injusta persecucion de Herodes; las incomodidades de su huida á Egipto; la hambre, la sed, las graves molestias que padeció durante su vida; la ingratitud de un Pueblo, á quien habia colmado de inmensos beneficios, curando sus enfermos, sanando sus coxos y tullidos, resucitando sus muertos, y dando á todos documentos de vida eterna; la

Tom. V.

L

ne

negra perfidia con que este mismo Pueblo le persigue, le injuria, le calumnia, y le condena abandonado á una afrentosa muerte, fueron otros tantos motivos de prueba para su adorable paciencia, que conservó siempre ileso, y otros tantos estímulos de sufrimiento y conformidad para San Roque.

Habiendo ya imitado á su Maestro en anonadarse; tomando forma de siervo; en la renuncia y desprendimiento del mundo; en el laborioso ministerio de asistir y curar á los enfermos, para imitar su caridad con sus hermanos, ¿qué le restaba sino ser víctima de esta caridad misma en espíritu de sufrimiento, de humillacion é inalterable paciencia, para su conformidad con Jesu Cristo en vida y muerte? Renovad aquí vuestra atencion para alabar á Dios, que es la fortaleza de sus Santos. De resultas de su caritativo empleo se le pegó finalmente á Roque el contagio.

Una

Una fiebre pestilente empezó á devorarle con los dolores mas agudos. ¿Quién creyera, Señores, que aquellos mismos á quienes con tanta caridad habia asistido y curado sacándolos de entre las fauces de la muerte, no usarán con él de misericordia, viéndole en tan deplorable estado? Pero asi sucedió en efecto. El que poco antes era mirado en Italia como el hombre de Dios, como el Angel de la Piscina, como un nuevo Moisés destinado para salud de los pueblos, bien presto es desconocido, abandonado, perseguido y arrojado de aquellas Provincias.

Peró nada de esto altera el sufrimiento de Roque, su caridad que hasta allí habia sido benigna, empieza ya á ser paciente. Arrojado de la sociedad de los hombres, se abandona en manos de la Providencia. Se retira al campo, elige por techo un árbol, y ponelecho la tierra, comun madre; allí espera con gozo espiri-

L 2 tual

tual la consumacion de su carrera. Víctima preparada de la caridad con el próximo; aun no es hora de que recibas el premio y laureola de tu sacrificio. Ahora empieza el exercicio de tu paciencia. Dios que en otro tiempo alimentó en el Desierto por ministerio de un Angel á Elías fugitivo de la impia Jezabel, y que por medio de un cuervo proveyó de sustento muchos años al primer Eremita San Pablo, socorrió á San Roque por medio de un perro que diariamente le llevaba el pan necesario para no fallecer.

Así permaneció por algun tiempo, manifesto solamente á los ojos de Dios, hasta que el dueño del perro, movido de curiosidad, le siguió, y descubrió el prodigio. Dió cuenta al Señor del territorio, que justamente era el tío materno de Roque, á quien él habia cedido el Principado. Este hombre desapiadado, lejos de moverse á compasion á vista de un

enfermo cubierto de pies á cabeza como otro Job, de una vasta llaga, le reputa por espía, y como á tal manda le prendan, y le arrojen en una estrecha y obscura cárcel. Aquí muere desconocido y abandonado de sus mismos súbditos, tratado con el mayor desprecio é ignominia, sin asistencia, sin luz, sin alimento.

O Dios! si hubiese sido lícito á Roque en la ocasion usar de un lenguaje humano y puramente carnal, se hubiera quejado á Vos con el santo Job, que os habiais convertido todo en severidad. ¿Son estos por ventura los gages y recompensas de la caridad con el próximo, que tanto recomendais? ¿Es este el centuplo que debe recibirse por las buenas obras?

Ah! Señores, hagamos enmudecer la debilidad de la razon humana, para entrar en el espíritu de la Religion. Nada mas fácil á Roque que haberse manifestado á sus vasallos,

para ser obsequiado y tratado como debia. Mas en el designio que tenia de imitar á Jesu Cristo, padeciendo todo género de afrentas por sus hermanos, no quiso como otro Alexo manifestar su nombre, para sufrir mas, y morir abandonado como su adorable Maestro; como un hombre, digo, que no tiene redarguciones en sus labios, como un cordero inocente que muere sin lamento; como una hostia pacífica, y víctima preciosa de caridad: finalmente, como un perfecto imitador de Jesu Cristo en vida y muerte, que se gloria en su cruz como otro Pablo.

Este es, Señores, Roque, vuestro Patrono, hombre extraordinario, que desprendido de todo lo terreno, se anonada á sí mismo, toma forma de siervo, peregrina desconocido por asistir á sus hermanos enfermos; hombre de caridad singular, que hecho todo para todos á fuerza de sudores, oraciones y penitencias, logra apa-

gar

gar el contagio, y apartar la ira de Dios de sobre Italia; hombre de extremo sufrimiento y paciencia, que contagiado él mismo, perseguido y arrojado de aquellos mismos Pueblos á quienes habia alcanzado la salud, vuelve á su patria, donde muere en duras prisiones desconsolado, abandonado y en el mayor desamparo.

Así lo permitió Dios para perfeccionar la virtud de Roque, formando en él una imágen fiel de su adorable Hijo en la humillacion de sí mismo, en la ardiente caridad con sus hermanos, en su admirable paciencia en la adversidad. Todo á fin de presentarnos en su conducta un exemplar de la vida cristiana, un modelo de imitacion aun entre las criaturas, y un poderoso protector de los Pueblos contra el terrible azote de la peste. Por tal le declaró en el siglo XV. el Concilio general de Constanza, cuyos Padres en ocasion de una gravísima peste, im-

L 4

plo-

